

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 99.—15 de Abril de 1874.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

D. J. M. de A. Llegaron los 100 rs.; y en vez del castigo por haber perdido la nota que los acompañaba, otros 60 por el trabajo de pedirla nuevamente: dispense V. el que le hemos dado. Todo se ha distribuido entre enfermos y en sufragio del alma de la Señorita Doña María Josefa de Aguirre, cuya memoria se honra con buenas obras, y cuyo vacío se siente tan amargamente.

D. A. C. (Villaviciosa.) Se recibieron los 50 rs. de limosna. Suscritores como V. que pagan tanto mas de lo que deben, nos indemnizan de algunas pérdidas inevitables. Que cobre V. de sus deudores como paga sus deudas.

Doña N. C. de B. Dios le pague á V. toda aquella ropa, que por encontrar vacío el ropero pasó á los pobres, harto necesitados de ella.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

¡Cuántas viudas, cuántos huérfanos, cuántas pobres madres sin hijos, desde que la última vez nos dolimos con nuestros lectores de los estragos de la guerra! Los combates de fin de marzo han sido los mas sangrientos de esta horrible lucha. Podría formarse un rio con la sangre y las lágrimas que se han derramado, sin mover á piedad á los crueles que inmolan las generaciones, como el segador que derriba la mies. Los ayes de tantos desventurados no hallan eco en los empedernidos corazones; las frentes salpicadas de sangre engendran ideas de destruccion, y parece que no hay mas consuelo del mal que se recibe, que el mal que se hace. A medida que pasan

días, semanas, meses y años de lucha impía, las malas pasiones van tomando cuerpo y creciendo, alimentadas con las víctimas que inmolan. Apenas quedará ya un rincón apartado que no haya sido teatro de lucha homicida, por el que no se haya paseado el saco de la rapiña ó la tea incendiaria, y donde no se vean mujeres que tiemblan y lloran, y niños que al balbucear el nombre del padre que ya no existe, hacen gemir á la desconsolada viuda. Se agota la fuerza, la resignacion, los tesoros, que todos son pocos para adquirir instrumentos de muerte; solo hay inagotable la ceguedad criminal que mueve los brazos homicidas y las manos rapaces.

Pero no, otra cosa inagotable contemplan nuestros corazones consolados, un sentimiento divino, hijo del cielo y eterno consolador de los dolores de la tierra: la caridad. No sabemos si alguna vez fué tan necesaria, pero es seguro que nunca hubo tanta. Ya no es Oñate, ni Logroño, ni San Sebastian, ni Haro, ni Castro-Urdiales, ni Santander; es España toda la que acude amorosamente á los heridos: la compasion se halla en la medida de su desgracia, y al ver que se encuentra siempre que hace falta, podemos decir que brota en nuestra patria al lado del dolor. Esta verdad es hoy nuestro único consuelo, nuestra sola esperanza: sí, mucho se le perdonará al pueblo que ama mucho.

Enviamos la espresion de nuestra gratitud á las personas caritativas que han hecho los donativos siguientes:

Sr. D. M. B. y M.....	40 rs.
Sra. Doña Matilde N. de García.	6 carteras de socorro.
Sra. Doña Isabel Romaguera y otras Señoras.....	7 carteras de socorro.
Sra. Doña Dolores Espinosa....	Hilas, trapos.
Sra. Doña Concepcion Fernandez Merlo.....	6 vendas, hilas.
Sra. Doña Natalia Boris de Oli- veras.....	Hilas.
Sra. Doña Mamerta Navarro de Jimeno.....	Hilas.
Sra. Doña Dolores Vizo.....	Hilas.
Sra. Doña Encarnacion Fernan- dez de Rus.....	2 cajas de hilas.
Sra. Doña Cristina Dusmet de la Vera.....	2 carteras de socorro.
Sr. D. Alfredo Sierra.....	Hilas, trapos.
Sra. Marquesa viuda de los Lla- nos.....	5 carteras de socorro.

Sr. D. J. N. de H.....	20 rs., 2 sábanas, 2 fundas, 4 toallas, trapos.
Sra. Doña Ángeles Plano.....	4 sábanas, trapos.
Sra. Doña Adelaida Gil de Albacete.....	Una camisa, 1 vendaje, hilas, trapos.
Sra. de N.....	80 rs.
El Coronel retirado D. M. V....	50 rs.
Sra. Doña Julia Bustamante de Olozaga.....	Hilas.
Sra. Doña Soledad Montoya (de Villarrobledo).....	40 rs.

LA AMBULANCIA DE LAS SRAS. DE LA CRUZ ROJA DE MADRID.

Estaba ya en prensa nuestro último número, cuando se bendijo y salió la ambulancia de las Sras. de la Cruz Roja de Madrid. Aunque ha estado espuesta al público, como hay muchas personas que no la han visto, en su obsequio diremos brevemente de qué consta.

Dos carruajes venidos de París, en los cuales caben diez heridos acostados y seis comodamente sentados.

Un carruaje cedido por la Sanidad militar, y habilitado de modo que ha quedado como nuevo, en el cual puedan ir dos heridos acostados y dos comodamente sentados.

Un carruaje de que hemos hablado ya, regalo del Sr. D. Mateo Alonso, para el personal de la Ambulancia, con seis asientos, y que en caso de necesidad sirve también para heridos: pueden llevarse por consiguiente doce acostados y otros doce sentados. Los coches sobre buenos muelles están perfectamente acondicionados, tienen depósitos para agua, y varias cajas para colocar botiquines y efectos sanitarios.

Cuatro camillas del mejor modelo, regalo de la Sra. Duquesa de Medinaceli, que también ha dado su botiquin y caja de instrumentos.

Un botiquin, regalo del Sr. D. Augusto Lletget.

Gran cantidad de vendajes, hilas y demás efectos sanitarios dados por las Señoras de la Asociación.

Tres mochilas para llevar lo más indispensable en los primeros auxilios á donde no pueda llegar carruaje ni aun caballería; dos de estas mochilas, por cierto muy primorosas, son regalo de los Señores de la Cruz Roja de Burgos.

Arreos para montar los mulos de la Ambulancia y cargarlos con

el botiquin, cuando sea necesario andar largas distancias fuera de las carreteras.

Estaban espuestos además varios donativos, señaladamente el cuantioso de los Señores de la Cruz Roja de Cádiz.

Todo esto, colocado con arte en un patio del palacio de los Señores Duques de Medinaceli, esperaba la bendicion de la Iglesia, ceremonia siempre solemne, y que tuvo en esta ocasion una triste y terrible majestad. En el momento en que el Sr. Vicario Eclesiástico, acompañado de Monseñor Bianchi, delegado de la Santa Sede, y asistido por varios Sres. Eclesiásticos, bendecia en nombre de Dios todos aquellos objetos reunidos allí para hacer bien á los hombres, nuestros ojos llenos de lágrimas no vieron ya ni la brillante concurrencia, ni el verde follaje, ni las ricas colgaduras, ni los objetos artísticamente colocados, sino el campo de batalla donde llegaban aquellos coches, y en sus lechos tendidos, exánimes, doce hombres sufriendo dolores horribles, y llamando á su madre acaso por la vez postrera. Veíamos las camillas ir y venir, sin que sus conductores fatigados bastasen á levantar á los que caian; los blancos cabezales todos empapados en sangre, y las cubiertas para abrigo, oscuras y con la Cruz Roja, nos parecian un paño mortuorio. Luego el teatro de aquella horrible escena se fué ensanchando, ensanchando, y como llevados por la mano del dolor, llegamos á donde estaban miles de madres que, llorosas y temblando, nos preguntaban por los hijos de sus entrañas; despues vimos algo mucho mas desgarrador para nosotros, que ya no éramos espectadores, sino actores desolados del sangriento drama!.....

Terminada la ceremonia de la bendicion, la Ambulancia salió para la estacion del Norte, acompañada de la Presidenta y una gran parte de las socias, y ya ha llegado al teatro de la guerra. ¡Que algunas de las infinitas víctimas que caen puedan al menos evitar el potro de la conduccion en carro; y en ese presente, hecho al dolor por la compasion, vean los pobres heridos una prueba de que hay quien de ellos se acuerda, quien con ellos siente, quien por ellos llora.

Concepcion Arenal.

Carta del Dr. Landa.—Pañuelo triangular del Doctor Esmarck.—Espléndido y caritativo don de los fabricantes de Barcelona.

Aunque con mucho retraso hemos recibido una carta de nuestro distinguido amigo el Dr. Landa, de la que vamos á entresacar algu-

nos párrafos que por desgracia no pierden su oportunidad, como todo lo que tiende á socorrer á las desventuradas víctimas de la guerra; dice así.

«Precisamente el dia en que remití á V. la carta, recibí el »*Kriegerheil de Diel*, que dedica un artículo de miscelánea al pri- »mer vendaje en el campo de batalla. Dicho artículo hace constar que »la idea de hacer que cada soldado lleve su propio vendaje y cura, »surgió en Alemania á fin del siglo pasado, siendo propuesta en »Baviera por el Dr. Fritze, y que el año 1787 se ordenó en Prusia »que cada soldado llevara dos vendas y media onza de hilas. Lo re- »comendó tambien en 1813 el Dr. Josephi. En 1815 el insigne patrio- »ta y filántropo Dr. Fausto (de Bückebug) hizo un llamamiento á las »Señoras de Alemania en favor de los heridos, pidiéndoles diesen á »cada defensor de la patria unas pocas hilas, una venda y un trapo »arrollado todo en un papel de cuartilla con la instruccion impresa »que él redactó. Las Señoras de Herz y de Minden distribuyeron 6.000 »de estos paquetes. El año 1866 volvió á proponer el Dr. Loeffler »(mi compañero de conferencia de Ginebra) la cura de cada soldado, »y en su consecuencia se reiteró en el reglamento prusiano esa obli- »gacion, marcando el sitio donde ha de llevarla, que es el bolsillo »izquierdo del pantalon la infantería, y de la Atila ó Ulanka los »Húsares y Ulanos.

»Tambien el soldado español tiene por reglamento una bolsita »con venda, hilas y aglutinante; pero en tiempo de paz lo gasta para »sí, para otro, ó lo pierde; no sé que ninguno se haya curado con »ella en campaña.

»Cuando estuve en el Rhin, corria mucho una instruccion del »Dr. Esmarck, á que acompañaba un pañuelo triangular con el que »se supe todo vendaje: en el mismo pañuelo van estampadas figu- »ras de soldados heridos, en los que se ven los diversos modos de »aplicarlo. Conservo un ejemplar que traje, y procuraré enviar á V. »copia del pañuelo, pues tal vez en alguna fábrica les convendria »estamparlo. Despues el Dr. Esmarck ha añadido un trozo de hila »tegida inglesa, *lint*, untada con unguento fenicado, dos trozos de »hila corta, todo envuelto en un papel barnizado y sujeto con dos »agujas fuertes. No me parece bien la idea de untar las hilas con tan- »ta anticipacion: pensé para esa primera cura poner hilas saturadas »de percloruro fénico que contuvieran la sangre; las preparé, pero ni »se conservan, ni conviene para las heridas el abuso que se hace del »percloruro, por eso me decidí por los polvos de colofonia, colcotar »y goma.»

El deseo de nuestro amigo, de que el pañuelo triangular de Es-

marck se reprodujera, va á realizarse, pero no por la especulacion, sino por la caridad. Véase lo que dice á este propósito el Sr. Don Emilio Santos, en una carta publicada en la *Ilustracion Española y Americana*. «Varios distinguidos amigos míos, propietarios de las principales fábricas de Barcelona, han tomado á su cargo la realizacion del pensamiento y la direccion del donativo, habiéndose uno de ellos ofrecido á costear el grabado del pañuelo Esmarck y la impresion de todas las piezas de tela que sean necesarias. Siento no poder revelar sus nombres unidos á su generosidad. Puede V. añadir que otro ilustre y caritativo fabricante está tejiendo algunos pañuelos para ser estampados con los cilindros que se han grabado ya.» Es un don espléndido y bendito de la caridad, que no hemos podido saber sin emocion profunda, ni consignar aquí con ojos enjutos, ni sin una sentida bendicion que se unirá á miles de otras que merecen y recibirán sin duda estos benéficos propagadores de la *Caridad en la guerra*. Al lado del horrible cuadro del odio y la crueldad, está el espectáculo consolador de la compasion, tan incansable y tan ingeniosa para socorrer á las víctimas de los combates sangrientos. El grito de *¡socorro á los heridos!* casi perdido en el vacío durante mucho tiempo, ha resonado en todos los corazones, y de todas partes siguen recibiendo señales de simpatía y donativos generosos, bien meritorios en la penuria general.

Nos aseguran que los caritativos fabricantes de Barcelona, al reproducir el pañuelo del Dr. Esmarck, querian introducir algunas mejoras. ¿Será alguna de ellas la indicada en Alemania, donde pareció demasiado conmovedor el cuadro con tanta verdad pintado? Detrás de la línea de batalla se ven perfectamente dibujados 18 heridos, algunos en dos partes, y al parecer muy graves. El artista ha idealizado la realidad terrible, y las fisonomías son todas nobles é inteligentes, no desfiguradas, sino embellecidas por el dolor. Se ha pensado si podria impresionar desfavorablemente á los soldados la representacion anticipada del terrible drama en que han de ser actores, y que sería mejor suprimir el arte y dejar la ciencia sola, representando aislado el miembro herido con el pañuelo aplicado en la forma que indica la explicacion: creemos que esto sería preferible, porque el cuadro, como está, conmueve profundamente. Sea que le reproduzcan sin alterar el original, ó que le modifiquen los hombres caritativos que se proponen hacer con él tan espléndido y bendito presente, además de dar consuelo á los heridos españoles, darán honra á España, porque el mundo empieza á honrarse con los sentimientos elevados y puros. Ya que el odio trae de Alemania el cañon Krupp, que el amor traiga el pañuelo Esmarck.

LOS LEPROSOS.

Cuando vemos ú oímos referir alguna situación grande de miseria, representada generalmente por la falta de salud y de recursos, solemos decir que es el último grado del infortunio.

Y sin embargo, la frase no suele ser exacta. En la dolorosa escala del infortunio hay grados que, por fortuna nuestra, no conocemos prácticamente en medio del bienestar de nuestra vida civilizada; hay dolores que ni aun la imaginación sabe representarnos por falta de ejemplos análogos. El mendigo que tiene hambre se regocija con el pedazo de pan que recibe; el enfermo, que padece, casi nunca pierde la esperanza de recuperar la salud; el ciego, que es uno de los seres mas desdichados del mundo, llega á acostumbrarse á su desgracia, soportándola á veces con alegría; y hasta el negro, arrebatado de sus bosques africanos y reducido á la esclavitud por la violencia brutal de un negrero infame, tiene salud, tiene esperanza y puede tener á su lado compañeros á quienes profese afecto y de quienes le reciba tambien.

Pero hay un infortunio superior á todos estos, poco frecuente en nuestros dias, lo cual es un beneficio grande que debemos á Dios, que presenta el cuadro de la mayor abyección y miseria á que puede verse reducida una criatura humana; que la aisla de sus semejantes; que por la repugnancia y el horror que inspira, le arrebató el cariño de padres, esposos, hijos y de las personas mas allegadas. Tal es la lepra ó elefantiasis de los árabes.

¡Dolorosa, incurable, repugnante hasta el extremo!..... ¡Infeliz, infelicísimo el que se vea atacado de esa horrorosa enfermedad, que destruye el cuerpo por medio de la ulceración mas venenosa, que abate las fuerzas mentales y hasta parece rebajar la condición humana!

En los tiempos remotos fue muy frecuente. La Biblia nos presenta al pueblo hebreo padeciendo este mal durante su largo cautiverio de Egipto y llevándolo luego, despues de su libertad, á Palestina. Hasta en las leyes de Moisés hallamos pruebas del horror que inspiraban los leprosos, porque se prescribía su aislamiento y la prohibición de acercarse á ellos para nada. Finalmente, cuando el Evangelio nos quiso presentar el mayor ejemplo de una gran miseria soportada con sublime y religiosa resignación, nos refiere la historia de Job, sufriendo los horrores de la lepra.

Pues bien; con ser una enfermedad tan repulsiva, no lo ha sido

bastante para alejar tambien de su lado á la caridad cristiana. Ella, cuando al regreso de los cruzados de Tierra Santa se reprodujo la lepra en Europa, no solo no abandonó á los que la padecian, sino que levantó para ellos suntuosos hospitales, llamados de S. Lázaro por la tradicion de haber muerto S. Lázaro de esta enfermedad. Lo que era repugnante hasta para las personas mas allegadas á los leprosos, no lo fue para los caballeros de la Orden Militar de San Lázaro, creada en el siglo IV, y para las personas que posteriormente se han dedicado á cuidar á esos infelices, parias en el seno de la esplendida civilizacion de nuestros dias.

En España hay un hospital de S. Lázaro, situado en las afueras de Granada. Allí, en aquel florido vergel donde todo es bello y encantador, está enclavada la casa de los pobres leprosos, caritativamente asistidos. Cuando la visitamos hace algunos años, encerraba 49 enfermos, y en el discurso de los tres años anteriores habia habido un ingreso de 59 hombres y 14 mujeres.

Recientemente un periódico italiano nos refiere un episodio conmovedor sobre esta enfermedad. Parece que en las islas Sandwich, en la Oceanía, se padece bastante, y el Gobierno ha destinado un distrito á donde son reclusos los leprosos. Habian llegado á reunirse 700. ¡Qué tristísima colonia! ¿Cabe imaginar en la tierra una poblacion de seres mas infelices? Abandonados de todo el mundo, arrojados allí como animales inmundos, la caridad les dió la mano y les enseñó á vivir resignados. Un misionero belga de gran valor, el P. Devenster, solicitó y obtuvo del Vicario general de las misiones en aquel país que le permitiese quedarse á vivir entre los leprosos, para consolarles y hacerles mas soportable su miserable existencia. Lo que aquel héroe de abnegacion sublime hizo para llenar su grande sacrificio y los resultados que obtuvo, requeririan un libro entero y parecerian cuento fabuloso por lo extraordinario, si no lo atestiguaran relaciones de diversas procedencias, y aun de adversarios de nuestra religion, publicadas en los periódicos. ¡Santa y heróica mision!.....

Ante el recuerdo de la lepra, enfermedad posible como todas, aunque felizmente menos comun que las otras, no debíamos ver males que nos parezcan intolerables, ni desgracias refractarias al consuelo y á la esperanza. Tal es la ley de las compensaciones y la útil enseñanza que con ella nos da la Providencia. Digno de compasion es el que no la aprovecha para su bien!

Antonio Guerola.

UN COMPAÑERO.

Estos dias hemos empezado á recibir la visita de *El Folletin*, semanario de literatura que se publica en Málaga bajo la direccion de D. José C. Bruna, y que cuesta 10 rs. cada trimestre.

No es para nosotros visita indiferente, como suelen serlo las de simple cortesía. Aun prescindiendo del mérito literario del periódico, como trata tambien de las personas y de las cosas de Málaga con espíritu recto y benévolo, tiene para nosotros un doble interés, porque nos le inspira cuanto se refiere á aquel pais.

Pero hay además una circunstancia especial, que ignorábamos, que ahora sabemos con placer, y por lo cual saludamos con mas razon al *Folletin* como apreciable compañero. Los productos líquidos de ese semanario se ceden á Beneficencia, con intervencion de una Junta de Señoras y Señoritas malagueñas. Como esto tiene tanta semejanza con el objeto de nuestra VOZ DE LA CARIDAD, aplaudimos el pensamiento del *Folletin*, y le deseamos próspera y larga vida, mucha suscripcion y muchos fondos que puedan aplicarse á tan loable objeto.

El director y redactores de dicho periódico sabrán como nosotros lo grato que es trabajar de balde para el bolsillo propio y con ganancia para el bolsillo vacío y necesitado de los pobres. ¡Ojalá tengamos imitadores!

Antonio Guerola.

LA CARIDAD Y LA POLITICA.

Son rápidas y resbaladizas las pendientes del mal, y raro es que no se precipite, el que en ellas se pone. Cuando dimos cuenta de la destitucion de la Junta de Patronos del Colegio de Loreto, temíamos que este golpe de autoridad fuese seguido de otros, como ha sucedido en efecto. Las Juntas de Patronos del Colegio de Santa Isabel y del hospital del Buen-Suceso, han sido destituidas del mismo modo que lo fue la de Loreto, es decir, sin alegar para tal medida razon buena ni mala; sin emplear fórmula alguna de cortesía, de que no se prescinde nunca al tratar con sujetos que tienen cierta posicion social; sin respeto alguno á las dignísimas personas que dichas Juntas formaban, y en fin, sin consideracion á lo mucho y desinteresadamente que habian trabajado. La política, tal como aquí se comprende y se practica, la política desdichada, que es en España la de todos los partidos, no contenta con matar tantas otras cosas, ¿quiere matar tambien la caridad? Si tal es su propósito, no puede emplear medios mas adecuados que despedir á las personas

ilustradas y benéficas, que dejan sus comodidades y sus quehaceres para trabajar en obras pias, y que trabajan con inteligencia y celo gratuitamente, sin buscar ni querer aplauso ni otra recompensa que el bien de los establecimientos que patrocinan, y despedirlas como pudiera hacerse con servidores poco fieles y de baja ralea.

Bien desdichado es el pais en que tales cosas pueden hacerse, ni imaginarse siquiera, y en que se hacen sin que la opinion, no solo no las condene, pero ni aun las note: solo en esa profunda oscuridad de la indiferencia se llevan á cabo tales hechos, que lastiman á un tiempo la conveniencia, la justicia y la caridad. ¿Qué ha de ser, qué puede esperarse de la Beneficencia particular, cuando sus auxiliares inteligentes y caritativos son arrojados de este modo? Aunque hubiera una ley de Beneficencia, que no existe, y buenos reglamentos, que no hay, todo sería inutil si se lanzaba de la manera que dejamos denunciada á los hombres benéficos é ilustrados, que ofrecian su desinteresada cooperacion. La mejor ley, el mejor reglamento, caso de que existieran, no serían, como hemos dicho en otra ocasion, mas que *el esqueleto de la caridad*. Para dar vida á este esqueleto se necesita la inteligencia de las personas ilustradas y el corazon de las personas compasivas. Si se las rechaza, si se las escarmienta, ¿qué pueden esperar los desvalidos?

Y repetimos lo que decíamos no hace mucho con igual motivo: no es cuestion de personas, sino de justicia, de conveniencia y de caridad. Quienes quiera que sean los que sustituyan á los destituidos indebidamente, cometen, á nuestro parecer, una falta aceptando un puesto que no ha podido quedar vacante sin cometer una injusticia. Esto es lo mas triste de todo; las medidas perjudiciales de los gobernantes no podrian llevarse á cabo, y se estrellarian, si no hallasen la complicidad de los gobernados. *Concepcion Arenal.*

HIJO Y MADRE (*).

El hijo.

I.

—¡Pobre mozo! ¿Dónde vas?
Inclinando la cabeza
Suspiras, y con tristeza
Vuelves los ojos atrás.

(*) Esta poesia fué leida por la Señorita Doña Joaquina Balmaseda en la funcion dramático-lirica celebrada en el Liceo Piquer el dia 13 del corriente á beneficio de los heridos.

—Con pena voy caminando,
 Porque en aquella casita
 Queda mi madre bendita
 Desconsolada y llorando.
 —¿Y por qué dejas tu tierra,
 Y el mas sublime cariño,
 Triste jóven, casi un niño?
 —Porque me voy á la guerra.
 No os admire si me aflijo;
 Acaso no vuelva á ver
 Aquella santa mujer,
 Ni á oír que me llama ¡hijo!
 —De pena razon tuviste.
 —Si junto aquella casita
 Veis á mi madre bendita,
 No le digais que voy triste.

II.

—Joven, gallardo, contento,
 Presto huyeron tus pesares;
 Escucho alegres cantares,
 Que gozoso das al viento.
 Al par de tus camaradas,
 De placer el alma llena,
 Ningun recuerdo te apena
 De tus tristezas pasadas.
 —No reveleis en mal hora
 Esta hipócrita alegría;
 Ignore la madre mia
 Que yo canto mientras llora.

III.

—Armada tu fuerte mano,
 Hábil en todo ejercicio,
 Mas que recluta novicio,
 Pareces un veterano.
 Eres firme tirador,
 Y eres resuelto ginete;
 Tu gallardía promete
 Un audaz batallador.
 —Es el arte de dejar
 Al pobre niño sin padre.

No le digais á mi madre
Que me enseñan á matar.

IV.

—Tu sedosa cabellera
Se eriza, brillan tus ojos
De sangre inyectada, rojos
Cual los ojos de una fiera.
Ronca tu voz de la ira,
A su furor viene estrecho
El sobresaltado pecho
Que ódio y venganza respira.
¿Entre humo y polvo sangriento
En tu carrera fatal,
De alguna furia infernal
Eres el ciego instrumento?
Crece tu ferocidad
Y tu mano sangre vierte,
Y arrostras y das la muerte
Sin descanso ni piedad.
¡Horrible transformacion!
¡Pobre mozo! ¿Estás demente?
¿Qué ideas cruzan tu mente?
¿Qué pasa en tu corazon?
—No sé, no comprendo yo
Este vértigo sin fin;
El sonido de un clarin
En fiera me convirtió.
¿Por qué se ensañan conmigo
Con crueldad sin igual
Hombres á quien no hice mal
Y me llaman su *enemigo*?
Mi camarada mejor
Exhala el postrer suspiro;
Atribulado le miro,
Pavura siento y horror.
Y me veo amenazar,
Y el ódio me hace sentir,
Con el temor de morir,
El deseo de matar.
Y mato..... mas de una vez.....
Por un impulso fatal,

Con alegría infernal
 Y con feroz embriaguez.
 Escucho de la venganza
 El grito horrendo, execrable,
 Y soy cruel, implacable,
 Y me gozo en la matanza.
 ¡Oh, tú que me diste el ser,
 Dulce madre de mi amor,
 Que á nadie causas dolor
 Ni sabes aborrecer!
 Jamás la nueva te den
 De que han vertido estas manos
 La sangre de mis hermanos,
 Que tienen madre tambien!.....

V.

—¿Cómo por tierra caído,
 Y esa palidez mortal,
 Y el respirar desigual?.....
 —Estoy gravemente herido.
 ¿No veis la pradera roja?.....
 Es mi sangre..... sale á chorro.....
 Nadie acude en mi socorro.....
 ¡Oh! ¡qué angustia!.... es la congoja
 Postrera..... de la agonía.....
 Si vais de mi madre en pos.....
 No se lo digais..... por..... Dios.....
 Que al saberlo..... moriria.....

VI.

—A las puertas de la muerte,
 Pobre mancebo, estuviste;
 Te dejé débil y triste,
 Te veo risueño y fuerte.
 —Vivo, porque á mí llegó
 Solícita, presurosa,
 Una mano cariñosa
 Que mi sangre restañó,
 Y cuidó con tanto amor
 De llevarme á un blando lecho,
 Como si en su propio pecho
 Le doliera mi dolor.

¡Cuanto cuidado prolijo!
 ¡Qué de paciencia infinita!
 Hasta una boca bendita
 Me llamó alguna vez ¡hijo!
 Decídselo sin demora,
 Llevad un poco de calma
 A la madre de mi alma,
 Que tal vez muerto me llora.
 Decidle que hay de piedad
 Como ángeles en la tierra,
 Que hacen brillar en la guerra
 La divina Caridad.
 Decidle que hay compasion
 Para los pobres heridos,
 Y quien siente sus gemidos
 En el noble corazon.
 Y sereis en pena tanta
 Cual un enviado del cielo,
 Llevando el primer consuelo
 Que ha tenido aquella santa.

La madre.

I.

—Desde que llegué á esta tierra,
 Llorosa estais, abatida.
 —¿No ha de llorar afligida
 Quien tiene un hijo en la guerra?
 En esta casa retumba,
 Llamándole la voz mia;
 Veo su cama vacía,
 Que me parece una tumba.
 Las canciones que él cantaba
 Triste escucho y sollozando,
 No puedo comer, mirando
 La silla en que se sentaba.
 Creo siempre del cañon
 Oir el horrible estruendo,
 Y míseros que gimiendo
 Imploran mi compasion,

Cuando sus cartas recibo,
 Temblando, á leer no acierto.....
 A veces le creo muerto.....
 ¡Ay, Dios! no sé cómo vivo.
 ¡Mi único bien en la tierra!....
 Está en el cielo su padre.....
 ¿Tendrán hijos? ¿Tendrán madre
 Esos que encienden la guerra?

II.

—El que recuerdo con llanto
 Dicen que de mí se olvida,
 Y rie y goza la vida
 Mientras lloro y sufro tanto.
 Dicen que sin descansar
 Toma leccion de un maestro,
 Hasta que hábil sea y diestro
 En el arte de matar.
 Dicen que en tal confusion
 Se agitan sus pensamientos,
 Que alteran los sentimientos
 De su hermoso corazon.
 Que, del enemigo en pos,
 En un monstruo se convierte.
 Derrama sangre, da muerte,
 Blasfema impío de Dios.....
 Que de la mujer que llora
 Mira el llanto sin piedad.
 ¿Será calumnia?.... ¿Es verdad?
 Vos lo sabreis....

—No señora.

—Dicen que el feroz encono
 Cebándose en los vencidos,
 Mueren los pobres heridos
 En espantoso abandono.
 Allá en las altas montañas
 Tal vez en este momento
 Exhala el postrer aliento
 El hijo de mis entrañas.....
 Su sangre..... la sangre mia,
 Por ninguno restañada
 Corre..... con voz apagada

El postrer adios me envia.....
 Lejos de la que le adora
 Cae el triste moribundo,
 Sin que haya nadie en el mundo
 Que le ampare.....

—¡No señora!

Si hay crueles que se ensañan,
 Si hay séres que se pervierten,
 Si hay manos que sangre vierten,
 Hay manos que la restañan.
 Almas grandes, generosas,
 Que atrae la adversidad;
 Hay hombres de caridad,
 Mujeres hay piadosas.
 Responde á todo gemido
 La voz de su compasion,
 Sienten en su corazon
 Los ayes del pobre herido.
 Por hacer su triste suerte
 Menos dura, se desvelan,
 Le amparan y le consuelan,
 Y le arrancan á la muerte.
 —¡O caridad! ¡O virtud,
 Que mi horrible angustia calmas!
 Llevad á esas nobles almas
 La voz de mi gratitud.
 Sí, decidles que las amo,
 Que ya no serán tan largas
 Mis horas, ni tan amargas
 Las lágrimas que derramo.
 Que me dan dulce consuelo,
 Que menos triste me aflijo,
 Que han amparado á mi hijo,
 Que son ángeles del cielo.
 Y cubra su corazon
 Como una égida sagrada,
 De una madre consolada
 La solemne bendicion.

Concepcion Arenal.